

CAPITULO XVII.

Dos historias.

—¿Dice vd., señor Flan, que dentro de tres dias podrá vd. entregarme los efectos que deseo?

—Dentro de tres dias, sin falta, señor Duval: tengo carta de Veracruz anunciándome la salida de ellos, y sé, á no dudar, que estarán aquí en el plazo dicho.

—Muy bien: lo deseo para surtir abundantemente mis tiendas de Guanajuato y Leon.

—Debe vd. vender mucho en ellas, á juzgar por las considerables compras que hace vd. en mi almacen, pues no bajan al mes de cinco mil duros.

—Sí; los encargados que están al frente de mis negociaciones, tienen relaciones con las principales poblaciones del interior, y hacen por lo mismo, un gran comercio con ellas.

—Me alegro mucho, y le agradezco á vd. la preferencia que da vd. á mi almacen sobre todos los demas de la ciudad para sus compras.

—Veo que hasta ahora me han salido excelentes las mercancías, y no hago mas que corresponder á la buena fé de vd.

—Mil gracias.

—Pero hablando de otra cosa: me han dicho que ha tomado vd. bájó su protección á una prima de D. Félix, llamada Soledad.

—Es cierto.

—¡Hola! ¿conque no me han engañado?

—Han dicho la verdad. ¿Pero quién le ha contado á vd. eso?

—Una señora que suele venir de vez en cuando á casa á vender chucherías á mis criadas; una mercachifle ó *mercadela*, como aquí dicen, llamada Doña Anita, viuda, se-

gun ella, de un brigadier de brigada, y que fué vecina de esa jóven.

—Pues no le ha engañado á vd.: vivía sola, atendida á lo poco que ganaba su primo D. Félix, á quien quedó encomendada á la muerte de su pobre madre, y quise recompensar los servicios de mi fiel dependiente, tendiéndola una mano protectora.

—¿Y no se le ha paseado á vd. por la mente—dijo sonriendo á Duval—que la mano del protector se convierta en mano de esposo?

—Hombre, al principio confieso que mi idea fué desinteresada y franca; pero cuando la he tratado, cuando he tenido proporcion de poder admirar su talento, su virtud y su hermosura, no he dejado de pensar algo en ello.

—Si se parece en cualidades á su primo, la eleccion no podia ser mas acertada.

—Creo que está dotada de las mismas.

—Habla vd. con tanto entusiasmo de esa jóven, querido Flan, que me parece que pronto pertenecerá vd. al gremio de los casados.

—No será difícil: estoy cansado ya de

amas de gobierno y de vivir solo: soy jóven aún; mi posicion social es bastante buena para hacer la felicidad de una mujer virtuosa. Soy de aquellos hombres que creen que la mejor dote que puede llevar una jóven á su esposo es sus buenas cualidades: Soledad reúne las mas bellas, y si logro alcanzar su amor, seré el mas feliz de los nacidos.

—¿El amor....! eso es lo que á mí me falta conseguir de la que adoro.

—¿Por qué no busca vd. una mujer, cuyo corazon esté libre? Clotilde amaba á otro antes de que vd. la conociese, y es difícil, por no decir imposible, desarraigar de un corazon vírgen la semilla del primer amor. ¿Cree vd. que le seria difícil encontrar otra jóven del mérito de Clotilde?

—No: sé que existen, y muchas, en este hermoso suelo; pero yo no puedo amar sino á ella en el mundo.

—¿Y le hace vd. padecer oponiéndose á su felicidad?

—Es que yo no puedo permitir que sea de otro hombre.

—Entonces el empeño por unirse á ella

no reconoce por origen el amor á Clotilde, sino el amor que se tiene vd. á sí mismo.

—Es el amor sin límites que le consagro, fomentado por la resistencia y la oposicion.

—Confieso que no comprendo ese amor. Los que hemos nacido bajo el sereno cielo de México, en este clima perfumado y benigno, radicamos nuestra felicidad en la felicidad del sér que amamos: preferimos su ventura á la nuestra; respetamos los sentimientos de su corazon; y si no tenemos la dicha de alcanzar su amor, sentimos nuestra desgracia, pero no aborrecemos la ventura ajena. En una palabra, comprendemos por amor una virtud tierna, deferente, ajena de egoismo; no la pasion exigente, vengativa, violenta, que reclama despótica la correspondencia de un afecto que no hemos conseguido inspirar.

—Ese debe ser el amor, señor Flan; pero no es el mio; yo quiero que la mujer que amo, sea mia á todo trance, aunque me odie; y detesto de muerte al afortunado rival que me disputa su posesion.

—Respeto los sentimientos de vd., señor

Duval, y deseo que alcance vd. con los suyos la felicidad á que yo aspiro con los míos.

—Mil gracias.

—Pero es ya tarde, y tengo el sentimiento de verme obligado á dejar la amable compañía de vd.

—Suplico á vd. que tenga la bondad de avisarme tan pronto como llegue el cargamento.

—Pierda vd. cuidado, señor Duval: Adios.

—Adios, señor Flan.

No bien habia salido éste, Duval se puso á leer varias cartas que estaban sobre una mesa.

—Mis negocios marchan viento en popa:—dijo con satisfaccion despues de pasar la vista por el contenido de ellas:—Para que sea completa mi ventura, solo me falta deshacerme de mi rival, á quien le quedan ya pocos instantes de vida. Clotilde llorará algunos dias su muerte, despues irá calmando su dolor; á éste sucederá el olvido, y por último, se resolverá á ser mia.

Cuando así discurría, entró un criado

anunciando que un caballero solicitaba hablarle.

—¿Quién es?

—Lo ignoro, señor.

—¿Es persona decente?

—Es un caballero.

—Dile que entre.

El criado se fué, y á poco se presentó en la sala el doctor Willey.

En el rostro de Duval se pintó un ligero rasgo de sorpresa; pero fué momentáneo, y ofreció con galantería un asiento en el sofá al médico escocés.

Este se sentó: Duval hizo lo mismo, y esperó que expusiese el motivo de su visita.

—El objeto que me conduce á su casa de vd. es muy sencillo:—dijo el doctor con una franqueza insolente, que chocó sobremane-
ra á Duval.—Hace tiempo que lucho á brazo partido con la contraria suerte, sin alcanzar mas que reveses. Creo tener vastos conocimientos en mi profesion de médico, y sin embargo, son pocas las personas que me ocupan, sin duda porque no tengo coche; es necesario, pues, que lo tenga, ya

que esta es una de las preocupaciones del público para que juzgue sábio y acertado á un facultativo. No siento la escasez de fortuna porque sea apasionado al dinero y al lujo, no: se me hace sensible, porque careciendo de riquezas, me es imposible realizar un proyecto, ó mejor dicho, dos, de los cuales depende mi felicidad.

—¿Y cree vd. que yo soy conducto seguro para realizarlos?

—Sin duda.

—¿Yo?

—A no dudar.

—Deseo saber de qué manera.

—A vd. le sobra todo lo que á mí me falta.

—¿Qué?

—Dinero.

—¿Y viene vd. . . . ?

—A pedírselo.

—¿Y cree vd. que yo se lo daré?

—Estoy seguro de ello.

—¿Cómo!

—Vengo resuelto á ello.

Duval temió que aquel hombre fuese un

ladron, y fué á coger el cordon de la campanilla que tenia junto á él; pero el doctor, agarrándole en el acto de la mano, le impidió que tocase, diciéndole al mismo tiempo.

—No llame vd. á nadie, porque seria pregonar lo que le conviene á vd. que permanezca oculto.

Duval palideció, y fijó los ojos en aquel hombre con una sorpresa que le acusaba.

—Pero ¿quién es vd?

—No soy mas que uno que necesita de algun dinero para poner en juego todos los medios que puedan conducirme al triunfo de dos mujeres que me odian cordialmente.

—Pero ¿con qué derecho se atreve vd. á solicitar ese préstamo?

—Es que no solicito préstamo.

—¿Pues qué?

—Regalo.

—¿Regalo!

—Ni mas ni menos.

—Veo que está vd. loco.

—Jamás he estado tan cuerdo.

—Caballero—contestó Duval recobrando su serenidad ante la idea de que aquel hom-

bre no podia ser mas que un petardista que trataba de especular con los tímidos:—si he tenido la paciencia de escuchar al principio con calma la ridícula pretension de vd., porque estaba de humor para ello, le advierto á vd. que ahora he perdido la paciencia para escuchar sus extravagantes palabras.

—¡Hola! ¿las califica vd. de extravagantes?

Contestó el doctor sonriendo irónicamente y con una imperturbabilidad que contrastaba con la impaciencia que se retrataba en el encendido semblante de su interlocutor.

—Sí, las califico de extravagantes, y á vd., ¿de un infame....!

Dijo Duval dejando estallar su cólera.

—Nunca he tenido empeño en que me beatifiquen.

Replicó Willey con la misma sangre fria y sin moverse de su sitio.

—¿No ha entendido vd. que le arrojé de mi casa?

Dijo levantándose y rechinando los dientes: el doctor quiso detenerle, pero Duval se desprendió de él, sacó una pistola y le

apuntó con ella, diciendo con la exaltacion de la ira.

—Salga vd., ó disparo.

Willey sin alterarse ni mudar de postura, contestó con la mayor tranquilidad.

—Si vd. me asesina hoy, mañana le ahorcarán á vd.

Duval bajó la pistola, reflexionando sin duda en la verdad que encerraban aquellas palabras.

—Llamaré, pues, á mis criados y á las personas que están jugando en la pieza inmediata, y haré que le presenten á vd. á la policía, diciendo que se ha introducido en mi casa para robarme.

—Está vd. en su derecho, señor Duval; pero yo tambien estaré en el mio al contar á esos señores que juegan á la banca en la inmediata pieza, á los criados, á la señorita Clotilde y á la justicia, una historia que le interesa á vd. sobremanera.

—¿A mí?

—A vd.

—No recuerdo ningun pasaje en mi vida

ni en la de las personas que he tratado, que preste asunto para ello.

—Eso consiste, acaso, en que su memoria de vd. sea algo frágil.

—O en que el asunto no tenga para mí la importancia que vd. trata de darle.

—Suplico á vd. que la oiga para que dé su opinion sobre lo que debo hacer con ella.

—La oiré—dijo Duval sentándose enfrente del doctor;—pero le suplico á vd. que sea muy lacónico, porque tengo precision de salir dentro de un instante.

—No es larga mi relacion. México se vió el año de 1828 invadido, por decirlo así, de multitud de extrangeros de todos los países, que se habian propuesto medrar de las revueltas políticas que ellos tenian interes y empeño en agitar. Entre estos aventureros vino uno, que mas canto que los demas, en vez de presentarse en las lógicas y en público, estableció en su casa una reunion á donde solo asistian unos cuantos compañeros suyos que se habian constituido en agentes de sus órdenes.

—Muy bien.

—El individuo que me ocupa, aun no contaba entonces veinte años de edad; pero suplían ésta, su capacidad y su osadía, que eran extraordinarias.

—Adelante.

—Retirado en su habitacion, y sin tener trato con nadie, nuestro jóven solia salir de vez en cuando de México, pero siempre de noche, y acompañado de alguno de sus agentes, y volvía al cabo de algunas semanas, y de la misma manera, sin que nadie supiese dónde habia estado.

—Continúe vd.

—Así vivió algun tiempo sin que nadie llegase á saber su nombre, ni en qué se ocupaba, y sin que le conociese realmente, hasta que acaecido el saqueo del Parian, desapareció por algunos meses, y volvió para desaparecer otra vez en la caída del presidente Guerrero, sin que nadie haya vuelto á saber de él.

—¿Y es esa la interesante historia que me tenia vd. que contar?

Dijo con acento de disgusto y de marcada impaciencia Duval.

—No; aun queda algo mas. El principio de todas las historias suele ser algo frio; pero á medida que se avanza en ellas suele entrar el interes.

—No creo que á esta le suceda lo mismo.

—Vamos á ver.—Repuso Willey con la mayor calma.—Como ya he dicho que el individuo que me ocupa de nadie era conocido, nadie tampoco se acordó de él ni notó su falta. Pero cuando Guerrero, que se habia refugiado en Acapulco, porque Bustamente habia subido á la presidencia, trataba de volver al poder, se presentó nuestro jóven en aquel puerto, en el bergantin *Columbo*, del que era capitán un hermano suyo.

—Nada encuentro en eso de particular.

—¿Nada?

—Nada.

—Tal vez mas adelante encontrará vd. cosas importantes.

—Véamos; pero le suplico á vd. que no alargue mucho la relacion, porque mis ocupaciones me prohiben perder el tiempo con

historias que no tienen relacion ninguna con mis asuntos.

Dijo Duval sin ser dueño de contener su impaciencia.

—Haré todo lo posible por obsequiar su deseo; pero hay detalles que no se pueden pasar por alto, por mas que uno trate de compendiar.

—Está bien.

—¿Con qué objeto volvía aquel jóven, cuya vida en México habia sido un misterio, con qué objeto, repito, volvía á bordo del bergantin Colombo, de que era capitán su hermano, en los instantes en que Guerrero se hallaba reducido al corto recinto del puerto de Acapulco? Lo va vd. á saber. Aquel aventurero, á quien verdaderamente nadie conocia, merced á las precauciones que siempre habia tomado para no ser visto en público, habia estado estudiando los pasos que debia llevar la revolucion, y persuadido, sin duda, de que el general Guerrero se veria muy pronto reducido únicamente á la plaza de Acapulco, partió á Nueva-York, donde se hallaba su hermano á

bordo del Colombo, le indicó un infame proyecto que podia producirles algun oro, y ambos, ciegos por el interes, se presentaron en Acapulco.

—¿Falta mucho aún?

Preguntó con impaciencia Duval.

—Algo, y en mi concepto, lo mas interesante.

—Siga vd., pues, y no olvide vd. que tengo ocupaciones que reclaman mi presencia imperiosamente.

—Seré lo mas breve posible.

—Lo deseo.

—Al llegar á Acapulco, el capitán del buque, y hermano de nuestro jóven, se encontró con un antiguo conocido y pariente suyo, llamado Rossi. Los pícaros y los tramposos pronto se entienden, y el capitán del buque, que no debia desconocer los bastardos sentimientos que abrigaba el corazón de su digno pariente Rossi, y que habia convenido con su hermano en aparecer él solo como autor de la idea, se asoció al expresado Rossi para vender al gobierno de Bustamante, en cincuenta mil pesos, la

cabeza de un personaje mexicano que le habia colmado de beneficios.

—Me ha dicho vd. que aquel jóven tenia talento, y ese paso indica suma torpeza.

—No lo comprendo yo así.

—¿Qué bien le resultaba á él del convenio hecho por su hermano con Rossi?

—Primeramente el de no aparecer como cómplice, y segundo, el percibir la mitad de los veinticinco mil pesos que le tocaban al marino, como habian arreglado en secreto los dos hermanos.

—Tiene vd. razon.

—El trato, pues, se celebró entre el capitán del bergantin *Colombo* y su pariente Rossi, y el primero de estos dos malvados, habiendo convidado á comer á su engañada víctima á bordo de su bergantin, cerró la escotilla, cuando mas confiado se hallaba en la mesa, levó anclas, y se hizo á la vela, en compañía de su hermano, para el puerto de Huatuleo, donde la tropa del gobierno estaba esperando al ilustre personaje, que fué poco despues pasado por las armas.

—Esa historia es ya muy vieja.

Dijo Duval cada vez mas impaciente.

—Y sin embargo, lo que sigue es enteramente desconocido de todos.

—Véamos.

—El capitán del buque recibió entonces el precio de su infamia, mientras Rossi que habia bajado á México para arreglar aquel horrible asunto, pereció en la Plazuela de San Sebastian. Entonces los dos hermanos se repartieron entre sí los cincuenta mil pesos, y nuestro jóven marchó á Paris, separándose del marino, que se quedó en los Estados-Unidos.

—Nada encuentro en eso de particular; pues aunque la accion de esos hermanos no la pueda aplaudir, tampoco la puedo calificar de criminal, pues no es el primer caso en que en las revoluciones se vende la cabeza de un enemigo del gobierno establecido.

—Es que á esa accion infame unia el jóven, de quien me ocupo, un crimen espantoso.

—¿Cuál?

—He dicho á vd. que despues del saqueo del Parian, en 1828, desapareció.

—Ciertamente.

—¿Y sabe vd. á dónde había ido?

—No ciertamente.

—Pues se marchó á la Habana, y de allí pasó á Sto. Domingo, donde se enamoró de la hija del baron N. . . . coronel frances que estaba al servicio de la República Dominicana. La jóven le amaba; pero el baron, por motivos que jamás comunicó á nadie, ni yo he tratado de averiguar, se opuso á un enlace, que no juzgaba conveniente, y suplicó á su hija le jurase no unirse con aquel hombre en tanto que él viviera. La jóven prometió obedecer; pero el baron recibió á los pocos dias órden de marchar á la raya de Haití con su regimiento, y no queriendo exponer á su hija á los azares de una campaña peligrosa, contra un enemigo audaz y mañero, partió dejándola encomendada á una anciana criada que le cuidó desde la niñez.

La guerra contra los haitianos empezó atroz y sangrienta; el baron se había cubierto de gloria en varios encuentros; pero una tarde, á la caída del sol, volviendo há-

cia su campamento de hacer un reconocimiento, el enemigo que en número considerable le esperaba emboscado, cayó sobre él con gritería espantosa, y el coronel fué muerto en la primer descarga, mientras los soldados, vueltos de su sorpresa, lograban poner en precipitada fuga á sus contrarios.

—¿Y qué bay en eso de particular?

Preguntó Duval aparentando la mayor indiferencia.

—Al menos todos creyeron tal cosa; pero agregado á aquel regimiento iba un fisico de otro cuerpo que estaba en una enramada curando á un herido, y vió que el baron no había sido muerto.

—¿Cómo!

—Había sido asesinado.

Duval se estremeció á su pesar.

—¿Por algun negro haitiano?

Preguntó con voz convulsa.

—No; por un paisano que al verle herido, y creyéndose solo, le clavó un cuchillo en el corazon.

Duval se puso pálido como la muerte.

—Aquel hombre—continuó el doctor—

volvió inmediatamente á la ciudad: se presentó á la desolada jóven fingiendo un dolor profundo: la invitó á pasar á los Estados- Unidos de América, donde se casarian; ella, deseando dejar un país donde solo tenia tristes recuerdos, accedió gustosa, y pasaron á Nueva-Orleans, donde se verificó el enlace al instante de haber llegado; pero aquella union era nula, porque el que los casó era un supuesto sacerdote; un hombre de ancha conciencia que habia hecho una fechoría, y de quien se valió para engañar á la jóven el pérfido asesino del baron.

El rostro de Duval estaba desecado, secos y blancos su lábios, y sus ojos indicando en su mirada el terror y el espanto.

—A los seis meses de aquel falso matrimonio, se dirigió con la engañada jóven á México, donde estaba seguro de que nadie le conocia. En el mismo vapor que los traia, venia tambien el supuesto sacerdote; pero sin traje eclesiástico, de que solo se habia servido una vez, y eso disfrazándose tambien el rostro el dia del casamiento, que se celebró en una capilla particular, para no

ser reconocido por la desposada. Pero este hombre estaba enamorado de ella: sabia el asesinato que habia cometido en la frontera de Haití el fingido esposo; y viendo que no podia vencer la virtud de la engañada hija del baron, le hizo saber los crímenes que pesaban sobre el hombre á quien estaba unida, su falso casamiento, y el amor en que por ella ardia. La infeliz se resistió á creer al principio aquella horrible verdad; pero el que le habia revelado el secreto le enseñó una prueba palpable, y horrorizada de haber vivido con un mónstruo, cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su desgraciado padre, huyó de su lado sin que jamás se haya vuelto á saber de ella. Su falso esposo, creyéndola encontrar en México, volvió á esta ciudad, de donde desapareció de nuevo á la caida de Guerrero, presentándose, como ántes he dicho, en Acapulco en el bergantin Colombo que mandaba su hermano, donde villanamente se apoderaron del valiente general, cuya cabeza la vendieron en 50.000 pesos.

—¿Y qué tengo yo que ver con esa his-

toria, con ese asesino, con el físico que presencié el asesinato, con esa jóven, con el falso sacerdote, y con el jóven hermano del capitán del Colombo?

Dijo Duval tratando de ocultar la conmoción que había causado la relación de aquel suceso en su alma, y dando á su voz un acento severo.

—¿Lo ignora vd?

—Completamente.

—¿No conoció vd. á ninguno de los personajes que figuran en ella?

—A ninguno.

—Pues yo tengo mejor memoria, y los conozco á todos.

—¿Usted!

—Yo.

Duval se inmutó.

—Pero....

—¿Quiere vd. saber cuál era el nombre del que asesinó al barón?

—¿Cuál?

—Picaluga: el hermano del capitán del bergantín *Colombo*.

Duval se alteró.

—¿Y quiere vd. saber quién era ese Picaluga?

—¿Quién?

—Usted.

—¿Yo....!

Exclamó Duval palideciendo.

—Sí, vd.: el que concibió la idea de vender la cabeza del general Guerrero en cincuenta mil pesos, marchó á Nueva-York á comunicársela á su hermano; dividió con éste el precio de la sangre vendida, y el que bajo el nombre de Duval pasa ante la sociedad por un hombre honrado.

—Le han engañado á vd. miserablemente.

Dijo Duval haciendo esfuerzos supremos para ocultar su turbación.

—¿Engañarme! — Contestó sonriendo el doctor.—No, no me han engañado. ¿Desea vd. que le diga quién fué el físico que presencié el asesinato?

—Sí.

—Yo.

—¿Usted!

—Sin duda. ¿Anhela vd., por último, sa-

ber quién fué el hombre que se prestó á servirle de sacerdote para perder á la inocente hija del baron?

—¿Quién?

—Yo.

Duval fijó con atencion los ojos en su interlocutor y se tranquilizó.

—Es falso: es una impostura: ni yo conozco á vd., ni le he hablado en mi vida.

—No extraño que vd. me desconozca, porque esos acontecimientos tuvieron lugar cuando yo no tenia esta cara: quiero decir, cuando tenia menos años, y las viruelas no habian desfigurado completamente mi rostro. Pero si mis palabras no le merecen á vd. entero crédito, aquí tengo un papelito firmado con sangre por el baron, pocos momentos antes de espirar, que me lo dió, y en donde declara quién fué su asesino.

Y sacó de la cartera un papel que mostró á su interlocutor. Duval, al verlo, se estremeció en la silla.

—Esto,—continuó el doctor guardando en la cartera su papel—con respecto al primer crimen, pues por lo que hace al casa-

miento falso, el señor Duval se acordará sin duda de que hubo un pacto sagrado entre los dos que á ninguno le convenia descubrir.

—Bien: conozco que seria inútil negar lo que para vd. es una verdad palpable;—contestó Duval operándose en su fisonomía un cambio repentino del temor á la calma, que sorprendió á su vez al doctor.—¿Y cuánto quiere vd. por ese documento?

—Diez mil duros.

—¿No le parece á vd. mejor que le pague con otra historia?

—No: yo estoy por el dinero.

—Pues yo estoy por las historias. He quedado sumamente agradecido y satisfecho del buen rato que me ha proporcionado vd. con la que me ha referido, y yo no puedo prescindir de la galantería de contarle á vd. otra que despierte en extremo su curiosidad, correspondiendo lealmente á su benevolencia.

—Pero....

—Suplico á vd. se digne escucharme con la atencion que yo tuve la honra de escu-